

Aura Cristina BUNORO  
(Universidad de Bucarest)

**Crisis social y resistencia indígena  
en las *Tradiciones peruanas*  
de Ricardo Palma**

**Abstract:** (*Social crisis and indigenous resistance in Ricardo Palma's Peruvian Traditions*) It is well known that the affiliation of Ricardo Palma with colonialism is unjust, because throughout his *Tradiciones* we find many passages that highlight his critical view regarding the Conquest and the colonial period. In addition to recovering the Inca past through a fusion of history and literature, Palma uses his writings as a tool to correct the ills of society. The defense of Indigenous rights was expressed in a more moderate and literarily indirect way in his case. Yet he did manage to convey the crisis of the Indigenous population and the cultural roots of pre-Hispanic Peru— a condition marked by marginalization, exclusion, and relegation, as the Republic continued the same subordinate role that the colony had imposed upon them; and at the same time, the resistance and desire for freedom of Indigenous peoples.

**Keywords:** *crisis, freedom, rights, indigenous, Inca.*

**Resumen:** Es bien conocida la injusta afiliación de Ricardo Palma al colonialismo, ya que a lo largo de sus *Tradiciones* hallamos muchos fragmentos donde destaca su visión crítica con respecto a la Conquista y al período colonial. Además de la recuperación del pasado incaico a través de la fusión entre historia y literatura, Palma utiliza sus escritos como herramienta para corregir los males de la sociedad. La defensa de los derechos indígenas se expresó de manera más moderada y literariamente indirecta en su caso. Pero sí que ha conseguido transmitir la crisis en la que se hallaban el indígena y las raíces culturales del Perú prehispánico por su estatuto relacionado con la marginación, exclusión y relegación, siguiéndose en la República el mismo papel subordinado que la colonia les había impuesto; y al mismo tiempo la resistencia y el deseo de libertad de los indígenas.

**Palabras clave:** *crisis, libertad, derechos, indígena, incaico.*

La extensión de las tradiciones dedicadas a la Colonia ha generado mucha polémica alrededor de la anexión de Ricardo Palma al colonialismo. José Carlos Mariátegui afirma que dicha ubicación llevaría a la deformación de la obra (cfr. Mariátegui 1979, 159-160) dado que las pocas tradiciones dedicadas al periodo incaico recogen todos aquellos elementos, temas, motivos (las figuras históricas más importantes, el origen de los incas, sus riquezas y la costumbre de enterrarlas, la descripción de los incas, las costumbres y cultura incaicas) que remiten al legado incaico y que lo rescatan. Además, Palma no dedica más extensión en su obra a este periodo por no repetir lo que ya había escrito el Inca Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales*, una de las fuentes fundamentales para las *Tradiciones peruanas*.

Y en cuanto al proceso de independencia del Perú, hallamos en la obra desde las primeras rebeliones indígenas hasta la participación de las figuras centrales de la emancipación, como San Martín y Simón Bolívar. “No faltan, naturalmente, en las

*Tradiciones*, alusiones a jefes militares de relieve, como los generales Sucre y Córdova, y algunos del bando español, juzgados negativa o positivamente” (Bellini 2011, 37). Además, Isabelle Tauzin Castellanos señala que, en las *Tradiciones*, se produce “un proceso de falsificación del testimonio histórico” (Tauzin Castellanos 2000, en línea), ya que el tradicionista reviste el contenido de la historia en ropaje literario con un propósito bien definido, el de apoyar a la construcción de la identidad nacional peruana incluyendo el pasado prehispánico. Además, Palma alterna entre una escritura seria e instructiva y una perspectiva humorística, según lo requiera el tema tratado.

Veamos cómo se narra la rebelión de los incas y el conflicto entre estos y los conquistadores en la tradición “Un cerro que tiene historia”: “En 1536 en Inca Manco, a la vez que con un ejército de ochenta mil indios asediaba el Cuzco, envió veinticinco mil guerreros sobre la recién fundada ciudad de Lima” (Palma 1952, 37). Según la tradición, los indígenas entablaron enfrentamientos con los españoles, “defensores de la ciudad” por diez días. La amante de Pizarro, hermana de Atahualpa, entregó a los incas sitiadores “un cofre lleno de oro y esmeraldas” (Palma 1952, 37). Aunque había sido descubierta, Pizarro decidió perdonarla. Palma relata que “a no obrar el Cielo un milagro, los españoles estaban perdidos” (Palma 1952, 38); sin embargo, gracias a la intervención divina, “los indios emprendieron la retirada, sin que haya podido ningún historiador explicar las causas que la motivaron” (Palma 1952, 38).

Una figura histórica incaica importante es el Inca Manco que aparece en la tradición “La muerte del factor”, representado como un rebelde frente a la conquista y al mando de un importante contingente de soldados dispuestos a derrotar a los españoles. En esta tradición, los indígenas —como era habitual— se encuentran establecidos en los Andes, cuyas elevadas montañas les brindaban protección y refugio (cfr. Palma 1952, 68).

El tradicionista afirma que Francisco de Carbajal constituyó un respaldo decisivo para los Pizarro en su confrontación con los indígenas sublevados quienes buscaban recuperar su libertad y sus derechos. “La sublevación de indios era general en el Perú” (Palma 1952, 82) por culpa de la crisis social provocada por la falta de equidad y justicia.

Los enfrentamientos entre indígenas y conquistadores también se mencionan en la tradición “Maldición de mujer”. En este relato, los indígenas aparecen defendiendo sus territorios, lo que obligaba a los españoles a “sostener muy sangrientas batallas” (Palma 1952, 90) y a soportar hambre, miseria y diversos peligros. Incluso las mujeres españolas se vieron en la necesidad de defenderse, “batiéndose vigorosamente con los indios” (Palma 1952, 90).

Los enfrentamientos entre los pueblos originarios y los conquistadores llegaron incluso a provocar el cambio de nombre de ciertos asentamientos, como se observa en la tradición “Barchilón”. Al referirse a la fundación de San Juan de la Frontera, o Huamanga, Palma alude al Inca Manco y al Inca Viracocha, puesto que el nombre original del lugar se atribuía a ellos (cfr. Palma 1952, 130). No obstante, tras la derrota de las tropas de Manco, la denominación fue modificada. Tal como explica el autor, así como tantas otras cosas transformadas con la llegada de los españoles, también el nombre de la ciudad sufrió una alteración. El nuevo título buscaba recordar el triunfo de los conquistadores sobre los vasallos del Inca: “Más tarde cambió el

nombre de San Juan de la Frontera por el de San Juan de la Victoria, conmemorando un triunfo de las armas españolas sobre los vasallos del infortunado Manco” (Palma 1952, 130).

En determinadas circunstancias, algunos grupos indígenas optaron por no enfrentarse a los conquistadores y aceptaron su autoridad, siempre que estos garantizaran el respeto de los antiguos derechos de la tribu, prerrogativas que ya habían perdido tras la conquista incaica. Tal fue el caso del cacique Oto Apu-Alaya, jefe de los indígenas del valle de Huancayo, quien “fué de los primeros en reconocer el nuevo orden de gobierno” (Palma 1952, 376). Sin embargo, las tradiciones registran que, en la mayoría de ocasiones, los pueblos originarios se sublevaron contra la dominación española. Entre ellos destaca el indígena Pedro Bohorques, quien, tras escapar del presidio de Valdivia, “proclamándose descendiente de los Incas, y haciéndose coronar, se puso a la cabeza de un ejército” (Palma 1952, 394).

El conflicto entre indígenas y españoles se evidencia también en la tradición “Un virrey y un arzobispo”, donde se menciona que “[...] la rebelión de los indios de Huarochiri, que se sofocó ahorcando a los principales cabecillas, figuran entre los sucesos siniestros de esa época” (Palma 1952, 554). La rebelión que estalló en el año 1750 en la provincia de Huarochirí en contra de la dominación española duró dos meses y fue un levantamiento que sacudió la estabilidad del dominio de la Corona en Perú (cfr. Spalding 2003, 21).

Asimismo, en “El castigo de un traidor”, Palma relata la historia del mestizo Jorge Gobeá, delator de los líderes de la revolución programada para el día de San Miguel Arcángel. Gobeá, espía al servicio del virrey, había logrado infiltrarse entre los conspiradores y revelar sus planes. El juramento de luchar por la libertad de la patria se realizó durante el entierro del cacique Chonqui, figura noble y respetada. El uso de expresiones como “patria esclavizada” (Palma 1952, 571) evidencia la intención del autor de criticar el orden colonial y resaltar la participación indígena en la lucha independentista y en la formación de la identidad nacional. Según esta tradición, quienes participaron en el juramento de liberarse de los opresores eran “más de cuarenta, entre mestizos e indios nobles, caciques en su mayor parte de los pueblos inmediatos a Lima” (Palma 1952, 571). El desenlace de la conspiración resultó trágico: “seis de los caudillos fueron ahorcados y descuartizados, poniéndose las cabezas en escarpas sobre el arco del Puente y en las portadas de Lima” (Palma 1952, 571). El tradicionista expone luego el origen de esta conspiración, situándola en el momento en que el indígena Juan Santos se proclamó Inca y comenzaron los enfrentamientos con las autoridades españolas. Juan Santos era mestizo, probablemente nacido en el Cusco, y criado por los jesuitas, con quienes aparentemente viajó a Europa y África. Al volver al Perú se sintió descendiente de los incas y tomó el nombre de Juan Santos Atahualpa, recorriendo la sierra desde el Cusco a Cajamarca. Volvió al Perú antes de 1734 y decidió alzarse contra la Corona en 1742. Pretendió restablecer el Tahuantinsuyo y proclamarse inca, argumentando que descendía de ellos y que contaba con el favor de los indios, mestizos y negros. Dominó las tribus de yaneshas y asháninkas y las sublevó contra los frailes. En los trece años que duró la rebelión, fueron diezmadas las misiones de Chanchamayo, Perené, Huancabamba, Gran Pajonal y Alto Ucayali (cfr. Del Busto 2004, 162).

Palma plantea aquí una nueva versión del conflicto entre civilización y barbarie, oponiendo a los indígenas “civilizados” frente a aquellos que califica como “salvajes”. Critica especialmente las acciones de estos últimos, pues no mostraron piedad con los españoles capturados, a quienes finalmente ejecutaron. Desde su posición de defensor de una conducta humanitaria, Palma no oculta las imperfecciones de los pueblos indígenas y llega incluso a denominar “huestes bárbaras” a los naturales que manifestaron una violencia excesiva en su lucha contra la dominación española:

Desde 1743, el indio Juan Santos, en las montañas de Chanchamayo, se había proclamado Inca bajo el nombre de Atahualpa II, rey de los Andes, y a la cabeza de tribus salvajes se adueñó del cerro de la Sal, amagando invadir Tarma, Huancayo, Huánuco y otras poblaciones. Las autoridades españolas se pusieron a la defensiva y artillaron el fuerte de Quimiri, que a la postre cayó en poder de las huestes bárbaras, las que sin compasión degollaron a los soldados prisioneros. En 1749 rugióse que Juan Santos había sido asesinado por sus vasallos, y los indios de las poblaciones civilizadas, que simpatizaban y aun mantenían inteligencia secreta con aquel caudillo, se echaron abiertamente a conspirar en Lima. (Palma 1952, 572)

Según relata la tradición, la naturaleza parecía ponerse del lado de los indígenas en su lucha por recuperar la libertad, de modo que “los soldados del rey eran impotentes para batir a los indios en las empinadas y riscosas breñas” (Palma 1952, 572). Los conquistadores debieron enfrentarse a un entorno majestuoso pero hostil, al cual no estaban habituados. A pesar de que los indígenas conocían bien el terreno, su rebelión fue finalmente sofocada. La victoria española se debió, en parte, a la falta de una organización sólida entre los sublevados y, a ello, se sumó la traición del mestizo Jorge Gobeá. La compasión del autor hacia los vencidos se percibe en el uso de expresiones como “tan abatida raza”, así como en su reflexión sobre el desenlace del conflicto: la traición y la desunión interna hicieron que la contienda no concluyera de forma distinta. Palma observa que “el virrey habría tenido que tratar de potencia a potencia con los de Huarochirí y alcanzado éstos concesiones y privilegios en favor de *su tan abatida raza*” (Palma 1952, 572-573).

Según señala Palma, Juan Santos se proclamó Inca con el nombre de Atahualpa II, plenamente consciente del valor simbólico que tenía asumir el nombre del último monarca inca, engañado por los conquistadores y ejecutado sin posibilidad de defenderse. La explotación del territorio por parte de los españoles provocó numerosos conflictos con los pueblos originarios. En la tradición “El resucitado”, se narra que el aumento de contribuciones e impuestos desembocó en la ejecución de funcionarios reales a manos del pueblo. Palma recurre a la expresión “tanto ajustó la cuerda” para subrayar la difícil situación que atravesaban los indígenas durante la época colonial. Con frecuencia, las rebeliones concluían de manera trágica: “En el Cuzco se descubrió muy oportunamente una vasta conspiración encabezada por don Lorenzo Farfán y un indio cacique, los que, aprehendidos, terminaron su existencia en el cadalso” (Palma 1952, 651-652). Según relata Palma, aunque el virrey Guirior

---

<sup>1</sup> Las cursivas son nuestras.

había advertido a Areche que moderara la excesiva severidad de sus medidas —pues la imposición de nuevos tributos no podía desembocar sino en una protesta armada—, el enviado del rey persistió en la explotación de la población. El autor emplea el término “peruanos” para referirse a los naturales del territorio y denomina al Perú “tierra conquistada”, en contraste con la figura de la dominación española encarnada en Areche, quien representa el abuso ejercido sobre los indígenas.

Guirior se esforzó en convencer al superintendente de que iba por mal camino; que era mayúsculo el descontento, y que con el rigorismo de sus medidas no lograría establecer los nuevos impuestos, sino crear el peligro de que el país en masa recurriese a la protesta armada, previsión que dos años más tarde, y bajo otro virrey, vino a justificar la sangrienta rebelión de Tupac-Amaru. Pero Areche pensaba que el rey lo había enviado al Perú para que, sin pararse en barras, enriqueciese el real tesoro a expensas de la tierra conquistada, y que los peruanos eran siervos cuyo sudor, convertido en oro, debía pasar a las arcas de Carlos III. (Palma 1952, 652)

Toda esta situación desembocó en la rebelión de Túpac Amaru, quien se alzó precisamente para poner fin a los tributos excesivos, la mita y los abusos de los corregidores. El movimiento que inició fue el más importante del Virreinato español. En la tradición “El resucitado”, su presencia es secundaria, y la rebelión aparece mencionada como una respuesta a las duras condiciones impuestas a los indígenas por la Corona. Palma considera justificado el levantamiento de Túpac Amaru, dado el grado de explotación al que estaban sometidos los habitantes originarios del territorio, evidenciando una clara posición a favor de la causa indígena. El líder revolucionario adquiere un rol más destacado en la tradición “El corregidor de Tinta”, como “personaje estelar” (Rodríguez Chávez 2003, 77), y “donde su presencia dejará de ser circunstancial, efímera, indirecta” (Rodríguez Chávez 2003, 77). Allí aparece como invitado a la festividad del santo patrón del cura don Carlos Rodríguez: “Ocupaba aquella mañana la cabecera de la mesa, teniendo a su izquierda a un descendiente de los Incas, llamado don José Gabriel Tupac Amaru, y a su derecha a doña Micaela Bastidas, esposa del cacique” (Palma 1952, 670).

Según narra la tradición, durante la celebración hizo su aparición don Antonio de Arriaga, un hombre engreído y avaro, quien faltó el respeto a Túpac Amaru al ocupar la silla destinada al descendiente de los Incas. Mientras Arriaga conversaba con el cura —en una plática que exigía toda su atención—, don José Gabriel y otros invitados abandonaron discretamente la sala. Palma relata que, al dirigirse el corregidor hacia su residencia, fue apresado por un grupo enviado por Túpac Amaru y conducido a Tungasuca. Acto seguido, “salieron indios con pliegos para el Alto Perú y otros lugares, y Tupac-Amaru alzó bandera contra España” (Palma 1952, 671). Mientras Arriaga aguardaba su ejecución, el pregonero leyó los títulos de Túpac Amaru y las razones que justificaban la condena del hidalgo español. Don José Gabriel I adquiriría así una dimensión continental, pues era: “*Inca, rey del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y continente de los mares del Sur, duque y señor de los Amazonas y del gran Paititi*” (Palma 1952, 671). Todos estos acontecimientos tuvieron lugar bajo el gobierno del virrey don Agustín de Jáuregui. No obstante, el desenlace de la revolución fue trágico y estuvo marcado por una extrema crueldad

tanto hacia los rebeldes como hacia sus familias. Palma lo relata del siguiente modo: “la chispa no se extinguió hasta julio de 1783, en que tuvo lugar en Lima la ejecución de don Felipe Tupac, hermano del infortunado Inca, caudillo de los naturales de Huarochiri” (Palma 1952, 672).

La venganza de los indígenas por la muerte de Túpac Amaru condujo al envenenamiento de don Agustín de Jáuregui mediante el uso de cerezas. La fecha señalada al inicio de esta tradición, el 4 de noviembre de 1780, corresponde al levantamiento tupamarista, en el que Túpac Amaru aparece como el personaje de fondo. Aunque el tradicionista no ofrece demasiados detalles sobre la rebelión, sí sostiene que se trató de un movimiento que estuvo a punto de lograr la independencia del país. Ricardo Palma otorga un valor significativo a las rebeliones indígenas como respuesta a las difíciles condiciones de vida impuestas por la dominación española; esta perspectiva se hace evidente tanto en las múltiples referencias a los levantamientos como en su crítica a la opresión sufrida por los pueblos originarios. En esta línea, “tras de Arriaga y Túpac Amaru, surgen perfectamente tipificadas la sociedad feudal hegemónica y la nativa oprimida” (Rodríguez Chávez 2003, 84). Además, en el caso de Palma la historia de su país recibe una interpretación determinada acorde con las intenciones del tradicionista de ayudar a la formación de la identidad nacional peruana (cfr. Unzueta 1993, 503).

Tupac Amaru II es considerado un precursor de la independencia del Perú; la rebelión que acaudilló marcó el inicio de la etapa emancipadora de la historia del Perú cuando este país se decidió por su independencia después de casi tres siglos de ser colonia española. Desde el sector indigenista ha sido reconocido como el fundador de la identidad nacional peruana. El área donde se inició la guerra tupacamarista tenía un noventa y dos por ciento de población amerindia. José Gabriel Condorcanqui Noguera, conocido como Túpac Amaru II, fue cacique de los territorios que le correspondían por herencia; fijó su residencia en la ciudad del Cusco, desde donde viajaba constantemente para controlar el funcionamiento de sus tierras; todas las actividades económicas desempeñadas le procuraron a él y a su familia un buen nivel económico. Sin embargo, debido a sus fuertes rasgos indígenas, la alta sociedad cusqueña formada principalmente por españoles y criollos no lo aceptaba como uno de los suyos. Más aún, por tener prósperas actividades económicas, Condorcanqui empezó a sufrir la presión de las autoridades españolas que lo sometieron al pago de prebendas e impusieron la obligación a todos los indígenas de participar en la mita, o trabajo en las minas en favor de la Corona. Todas estas injusticias llevaron a un movimiento militar contra la dominación española. José Gabriel Condorcanqui adoptó el nombre de Túpac Amaru II en honor de su antepasado Túpac Amaru I, el último Inca de Vilcabamba. Túpac Amaru II se declaró Inca y Rey; además, la tradición de su familia afirmaba que descendía directamente de la rama de los incas. La Corona consiguió capturar a los principales dirigentes de la rebelión y Túpac Amaru fue obligado a presenciar la ejecución de toda su familia. El resultado de este movimiento fue la eliminación de la clase indígena noble y el acrecentamiento de la represión contra lo andino, por el temor de que algo así volviera a repetirse (Del Busto 2004, 165-169).

Ricardo Palma menciona a este destacado líder del levantamiento indígena contra la dominación extranjera porque, desde su perspectiva, desempeñó un papel

fundamental en la construcción de la identidad nacional. Julio Ortega destaca la acción que se ejerce recíprocamente entre el discurso literario y la formación de las nacionalidades: “Las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma son una de las instancias privilegiadas en la interacción que hoy verificamos entre el discurso literario, la formación de las nacionalidades, y la cultura de la diferencia hispanoamericana en el siglo XIX” (Ortega 1993, 409). Además, mediante el carácter casi legendario de la rebelión y la brutal represión que la sofocó, el autor intensifica su crítica al imperialismo. La insurrección de Túpac Amaru y su trágico desenlace se evocan también en la tradición “Nadie se muere hasta que Dios quiere”: “Avilés había llegado al Perú en la época del virrey Amat; y cuando estalló en 1780 la famosa revolución de Tupac-Amaru fué mandado con tropas para sofocarla” (Palma 1952, 806). En “Los brujos de Shulcahuanga”, Palma vuelve a mencionar a Túpac Amaru, al tiempo que describe la difícil situación de los indígenas obligados a pagar el tributo de la mita.

La rebelión encabezada por Pumacahua, cacique de Chinchero, Maras, Guayllabamba, Umasbamba y Sequecancha, se menciona en la tradición “Asunto concluído”. Según señala el tradicionista, se trató de una insurrección célebre, pues “como sabe todo el que algo ha leído sobre historia americana, en un tumbo de dado estuvo el triunfo de la buena causa y el que la Independencia del Perú hubiera sido desde entonces un hecho” (Palma 1952, 875). El movimiento se expandió, y los indígenas que habían participado en una bebeduría “incendiaron el cuartel, mataron al gobernador-intendente y a más de cuarenta prisioneros, y... asunto concluído” (Palma 1952, 875).

En la tradición “Los brujos de Shulcahuanga” reaparece el tema del enfrentamiento entre los indígenas y los españoles, así como las causas que impulsaron la sublevación popular. Ricardo Palma denuncia las duras condiciones de vida a las que estaban sometidos los pueblos originarios mediante expresiones como “tiranía de los conquistadores” o el “yugo” que oprimía a los indios. Estas formulaciones evidencian su visión crítica del período colonial. Además, la explotación sistemática de los indígenas y de sus tierras se presenta como uno de los principales motores de las rebeliones:

En esos anónimos se disertaba largo y menudo sobre la tiranía de los conquistadores, sobre el yugo a que vivía sujeta la raza indígena, sobre lo abusivo del tributo de la mita y sobre las socaliñas parroquiales y demás temas obligados, terminando por excitar a los pueblos a rebelarse contra el rey de España y sus sicarios en el Perú. (Palma 1952, 914)

Según esta tradición, José Luz de la Verdad exhortaba a los hombres a participar en la lucha contra la opresión, afirmando que las tierras pertenecían a los peruanos y no a los españoles, responsables de haber impuesto tributos excesivos y un régimen tiránico. El desenlace de la rebelión culminó con la derrota indígena y la victoria de las fuerzas españolas. José Luz de la Verdad fue abatido por disparos de fusil y “la gente que lo acompañaba puso bandera blanca y se rindió a la autoridad” (Palma 1952, 916). A través de la voz de este personaje, Palma articula una crítica

contundente al período colonial y subraya la necesidad de libertad para los indígenas sometidos a la opresión:

- Yo soy José Luz de la Verdad, y os requiero para que matéis a los patrones tiranos y a los curas esquiladores de las ovejas. *Esta tierra es nuestra, muy nuestra, de los peruanos y no de los españoles*. No toleremos más tiempo a los que vienen de fuera a gobernar en nuestra casa, cargándonos de cadenas y tributos y convirtiendo en oro las gotas del sudor de nuestra frente. ¡Abajo la tiranía! ¡Viva la libertad!<sup>1</sup> (Palma 1952, 915)

Al igual que Bartolomé de las Casas, Palma ve a los indígenas como “ovejas”, es decir, seres dóciles y pacíficos cuya ingenuidad fue aprovechada por los conquistadores, quienes los encadenaron y los convirtieron en esclavos sometidos a un trabajo excesivo. Mediante esta crítica constante de la Conquista y de la Colonia, Ricardo Palma se sitúa entre los escritores que reivindican los derechos de la población indígena.

Todo lo presentado anteriormente demuestra que el tradicionista no se limita a reconstruir episodios pintorescos del pasado colonial, sino que desarrolla una profunda reflexión crítica sobre la resistencia de los indígenas frente a la crisis social originada por la explotación, los tributos excesivos, la mita y la tiranía de los corregidores. Las *Tradiciones peruanas* revelan que dicha crisis colonial no solo fue política, sino también social y cultural, y que el deseo de libertad de los pueblos indígenas constituyó una fuerza histórica decisiva en la formación del Perú moderno.

## Bibliografía

- Bellini, Giuseppe. 2011. *Estampas de la Independencia en las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma*, “*Philologia hispalensis*”, nº 25, p. 33-48.
- Busto, José Antonio del. 2004. *Conquista y Virreinato*. Lima: Empresa Editora El Comercio.
- Mariátegui, José Carlos. 1979. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Ediciones Era.
- Ortega, Julio (ed., coord.). 1993. *Tradiciones peruanas*. Madrid: Colección Archivos.
- Palma, Ricardo. 1952. *Tradiciones peruanas completas*. Madrid: Aguilar S.A. de Ediciones.
- Rodríguez Chávez, Iván. 2003. *Otra ventana sobre Ricardo Palma*. Lima: Editorial Universitaria-Universidad Ricardo Palma.
- Spalding, Karen. 2003. *Rebelión colonial: Huarochirí, 1750*, en “*Revista de Antropología*”, nº 1, año I, p. 21-29.
- Tauzin Castellanos, Isabelle. 2000. *La historia del Perú revisada y corregida por Ricardo Palma*, en “*Revista de la Casa Museo Ricardo Palma*”, nº 1. URL: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/00361732200414962032268/p0000012.htm>. Última accesare 20.09.2025.
- Unzueta, Fernando. 1993. “*Las Tradiciones peruanas y la cuestión nacional*”, en Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*, Julio Ortega (ed., coord.) Madrid: Colección Archivos.

---

<sup>1</sup>Las cursivas son nuestras.